

## PORS MOGUER.

(Véase la p. 294.)



P. S. Gormez.

El señor de Audiffret.

— Desde hace un año tenía la esperanza de agradar al conde, cuando hoy he recibido vuestra carta en el momento en que iba á darme á la vela. En ella, me deciais que viniera sin tardanza, porque quizá la pérdida de un día podría separarnos para siempre; vine contra mi deber que me llamaba á otra parte, y ha sido para saber que debo renunciar á toda esperanza... Ah! eso no puede ser, Susana; no podéis pertenecer á otro porque me amais á mí, y sereis mía aun cuando debiese venir á arrancaros de aquí á la cabeza de mis marineros.

— No digais eso, exclamó la jóven asustada con la exaltación de Pors Moguer (porque era él) no hableis así en nombre del cielo! Mi padre me quiere mucho, estoy segura, y acaso se dejará vencer humildemente como quien pide una gracia. Yo uniré mis súplicas á las vuestras, y acaso Dios se compadezca de nosotros.

— Enhorabuena, dijo Pors Moguer con aire sombrio; lo intentaré todo, con resignación; y aun cuando debiera pedirselo de rodillas, lo haré; pero si todo me engaña...

No acabó la frase; Margarita vino á advertirla que su padre había notado su ausencia, y la llamaba; la jóven se apre-

suró á marcharse. Pors Moguer esperó algunos instantes antes de seguirla.

Apénas se presentó en el salon del baile, cuando se abrió la puerta con estrépito y entró el caballero Audiffret sin sombrero, con los vestidos en desórden, manchados de lodo y de sangre.

— Qué es eso? preguntó el conde corriendo á su encuentro; qué os ha sucedido?

— Perdonadme que me presente con este traje de gitano, respondió el caballero, pero la culpa la tienen los ingleses.

— Los ingleses!

A esta palabra, repetida de boca en boca, las danzas se interrumpieron; todo el mundo se levantó formándose un círculo en torno del caballero Audiffret.

— Y cómo los habeis encontrado? en dónde están? repetían por todas.

— Dejadme respirar, dijo el caballero cercado por todas partes... responderé á vuestras preguntas cuando haya recobrado aliento; mi garganta está tan caliente como el cañón de una carabina.

Kermorvan mandó que le trajeran de beber; Audiffret re-



frescó su garganta, cayó en un sillón, estendió las piernas como un campesino calentándose, se desató el cinturón y lanzó un suspiro de contento.

— Necesitaba eso, dijo. Me preguntais dónde están los ingleses? En el infierno por ahora. Les hemos dado una buena, y no se les olvidará en algunos días.

— Como ha sido?

— Os lo diré: Venia á vuestro convite, Kermorvan, brillante como un sol, y la nariz dentro de la capa, porque esta noche hacia una niebla que se podia cortar con un cuchillo, cuando á la entrada del arenal mi caballo tropieza con un bulto, y era ese cuervo marino de Noric.

— ¿Qué estas pescando ahí entre la niebla? le dije; de dónde vienes así? acaso tu barca ha desaparecido por encanto?

— En efecto, me responde.

— Cómo es eso?

Entonces me contó que los ingleses le habian hecho prisionero para saber cómo habian de llegar al Conquet; en una palabra me asegura que nos hallamos amenazados de una bajada del enemigo.

— Y para cuando?

— Quizá esta misma noche, me responde Noric...

Entonces me acordé precisamente de que antes de salir del Conquet, habia visto algunas barcas como de gente que se está paseando mirando á tierra de medio lado: enseguida me decidí, Noric monta conmigo; reunimos á todos los mozos del pueblo y llegamos á la playa al mismo tiempo que los ingleses.

— Y los habeis atacado? preguntó Kermorvan.

— Un poquillo; sentia tanto que me hubieran incomodado que sacudia como un herrero; hasta que no pudieron mas los ingleses.

— Y se volvieron á embarcar? dijo Pors Moguer que habia estado oyendo la relacion del caballero con la frente encarnada de rubor.

— Ah! Estais ahí! observó Audiffret, habeis hecho mal de olvidar la advertencia de Noric; si hubieseis venido con unos treinta marineros nada mas, ningun inglés se habria vuelto á embarcar.

— Conque el señor Pors Moguer sabia el proyecto? dijo el conde con extrañeza.

— Si; pero la noticia no pudo ser bien recibida en un día de baile: no es verdad, capitan? Pero no hay cuidado; yo he hecho todo lo posible por suplir la falta. Solamente, al acabar mi tarea, volví á montar á caballo, y dije para mí: vamos á contar la historia á los de San Mateo que están bailando ahora sin pensar que los ingleses habrian podido venir á interrumpirlos... Kermorvan, otro vaso de vino, que me ahogo: qué gente tan dura son esos ingleses!

Audiffret concluyó la botella.

— Y ahora, añadió levantándose, ya podeis divertirlos.

— Gracias á vos, dijo el conde tomándole la mano... Caballero... sois un Cesar.

— No conozco á ese señor, respondió Audiffret; pero no tengo miedo á nadie... á pesar de que voy engordando mucho y que el combate me sofoca. Pero ya hemos hablado lo bastante; parezco un gascon que cuenta sus proezas, hablemos de otra cosa. Dónde está la señorita? Le traigo un ramillete que se quedó en la playa con los ingleses.

— Susana se contentará con deberos, como nosotros todos, la libertad y quiza la vida, respondió el conde sonriendo.

— Entonces permitidme que la de un abrazo, exclamó Au-

diffret adelantándose con los brazos abiertos hacia donde se hallaba la joven.

Por un movimiento casi involuntario y rápido como una centella, Pors Moguer se arrojó entre él y Susana.

— Olvidais dónde estamos? le dijo con una voz trémula.

El caballero se detuvo sorprendido y fijó sus ojos en el conde.

— Audiffret, abrazad á vuestra esposa, exclamó este apoderándose vivamente de la mano de su hija y empujándola hacia el caballero.

Susana lanzó un grito, y hubo un movimiento de sorpresa entre la muchedumbre.

Pors Moguer habia permanecido inmóvil y pálido, lanzando alrededor de sí miradas estraviadas... De repente dió un paso hacia el conde, y le dijo con voz abogada:

— Tengo que hablaros.

Todo el mundo se alejó por un movimiento espontáneo... Hubo un momento de silencio... Kermorvan y el capitan se hallaban en pié, el uno sosegado y altanero, el otro ajitado é indeciso... todo el mundo les miraba con una curiosidad inquieta.

— Conde, dijo en fin Pors Moguer á media voz, amo á vuestra hija y vuestra hija me ama.

— Lo sé, respondió Kermorvan.

Pors Moguer alzó la cabeza con sorpresa.

— Lo sabeis y se la dais á otro?

— Porque ese otro no tiene en su honor ninguna mancha, dijo el anciano con arrogancia; porque ha combatido valerosamente en nuestros ejércitos, y porque hace un instante nos ha salvado.

— Os comprendo, dijo el capitan ruborizándose; mi amor ha podido en efecto hacerme descuidar mis deberes; pero no es aquí donde deberia reconvenirse por ello, puesto que aquí es donde estaba la tentacion.

— Libre os dejé para evitarla observó secamente el conde El joven se estremeció.

— Señor de Kermorvan, continuó con acento conmovido, puedo y debo escuchar las palabras que salgan de vuestra boca; pero os suplico que no destroceis dos corazones voluntariamente. Si alguna culpa tengo, decidme como debo repararla; no os pido mas que una esperanza. Ordenad lo que gusteis, y os juro que sabré recobrar la estimacion que me habeis tenido en otros tiempos.

— Ya es tarde, dijo friamente el conde.

— Miraos despacio, dijo Pors Moguer que sentia que se le iba acabando la paciencia; en nombre del cielo, no lleguemos á las estremidades.

— Y qué sucederia en ese caso?

— No me lo preguntéis; quiero estar sosegado como es debido en vuestra presencia... pero reflexionad en lo que vais á hacer: no podeis dar vuestra hija á ese hombre, no podeis.

— Y porqué? preguntó Kermorvan con altanería; porque habla un lenguaje ménos florido que otros, porque gasta un traje ménos elegante que ciertos jóvenes y porque sus bigotes no son tan negros como otros varios que andan por el mundo? Pues habeis de saber que con todo eso, habla bastante bien para hacerse oír en los combates; sus vestidos son muy hermosos teñidos con la sangre del enemigo, y sus bigotes se han encanecido en el servicio del rey y la Bretaña!... Hasta ahora, todos han sido valientes en la familia de Kermorvan... y no quiero que mi hija dé principio á una linea de cobardes.



— Conde! exclamó Pors Moguer, lanzándose hacia el anciano.

Pero de repente se detuvo, como si su mirada le hubiese deslumbrado; sus puños se cerraron con rabia, y haciendo un esfuerzo sobrenatural y bajando los ojos exclamó con voz trémula:

— Sois su padre!... Dios os perdone... pero mucho os pesarán algún día las palabras que acabais de pronunciar.

Entonces sacudiendo su frente, echó en torno suyo una mirada delirante, descubrió á Susana y le envió una señal de despedida cuya muda energía hizo estremecer á la joven, y se lanzó fuera de la sala de baile.

— Qué es eso? preguntó Audiffret acercándose al conde.

— Nada, caballero, respondió Kermorvan.

— Nada se ha decidido contra el matrimonio?

— Mañana se celebrarán los desposorios en la capilla de la abadía.

### III.

Santiago con los brazos cruzados, y el rostro sombrío y descompuesto se paseaba en el camarote del capitán; cada vez que pasaba por delante de la ventana arrojaba á pesar suyo una mirada por el lado de la bahía, y soltaba un juramento espantoso.

El sol lucía ya hacia largo tiempo, y Pors Moguer no llegaba. Santiago iba á llamar á su sobrino, bajo el pretexto de darle una orden, pero en realidad para descargar sobre sus hombros las borrascas de su mal humor, cuando se presentó el capitán.

Pors Moguer estaba pálido, pero sosegado.

— Cada cual á su puesto, dijo á Santiago; nos damos á la vela.

El contramaestre dió dos pasos hacia atrás.

— De veras? preguntó alzando su gorro que estaba caído sobre sus ojos.

— Dentro de una hora, estaremos al alcance de los ingleses.

— Con que?...

Pors Moguer inclinó la cabeza haciendo un ademán afirmativo.

Santiago no quiso oír mas; corrió á la escalera; cayó sobre cubierta como una bomba, distribuyó unos cuantos bofetones en señal de regocijo á todos los marineros que encontró á su paso, y se lanzó sobre el filarete.

— Todo el mundo arriba! exclamó dando á su voz el sonido de un cuerno de caza; á trabajar, holgazanes! Vamos á preguntar á los ingleses lo que llevan en el vientre. Aquí tú, Perico... la mejor parte para nosotros; todo el mundo arriba, y al combate!

A la voz del contramaestre acudió toda la tripulación, y cuando se presentó Pors Moguer ya todos estaban en sus respectivos puestos. El joven comandante echó una rápida mirada sobre su buque, y una especie de gozo amargo iluminó sus facciones.

Ordenó que se hiciesen las señales para que los capitanes de los bergantines viniesen á tomar sus órdenes, y una hora después la flotilla se hallaba dispuesta á darse á la vela.

La mar estaba sosegada y el cielo sereno; era el 10 de agosto. La escuadra inglesa se distinguía todavía en el horizonte como desafiando á la flota bretona. Esta esperaba una ligera brisa para salir de la bahía, y entretanto en todos los buques resonaba el toque de combate.

— Vamos allá, exclamó Santiago.

Y la *Cordeliere* seguida de todos los bergantines mandados por Prejent, se dirigió hacia las alturas de Ouessant.

Al verles llegar, la flota inglesa mucho mas fuerte que la otra, y alentada con la inacción del capitán breton lanzó un hurra de alegría y formó su línea. Bien luego se empeñó el combate. Los primeros bergantines se atacaron sin gran furor, pero llegaron otros y tomó incremento la pelea.

Hasta entonces la *Cordeliere* y la *Regente*, separadas por los bergantines, habían visto la lucha sin tomar parte en ella; pero de pronto la *Regente* se arroja en la pelea destruyendo todo cuanto encuentra á su paso. Pors Moguer llega entonces también á velas desplegadas, rompe la línea inglesa y llega al enemigo.

Terrible y solemne fué el momento en que aquellos dos navíos se hallaran por fin en presencia! La *Regente* era superior por su maniobra, y la *Cordeliere* por su artillería; pero por ambas partes se veía la misma habilidad, el mismo atrevimiento, el mismo desprecio de la muerte! En un instante los dos buques se vieron cubiertos de humo y de fuego.

Las primeras descargas de los ingleses habían barrido el castillo de la *Cordeliere*, lo que produjo en la tripulación bretona un momento no de desaliento, sino de confusión. Los bergantines enemigos se aprovecharon de esto para acercarse, y Pors Moguer se encontró en un estrecho círculo de balas y metralla.

Dos veces intentó el abordage, ese recurso de los valientes contra los dichosos, pero dos veces la *Regente* quiso evitarle; sin embargo al virar para huir de la segunda tentativa, presenta la popa á la *Cordeliere*...

— Fuego! mandó Pors Moguer con imperio.

— Bravo! exclamó Santiago; su timon se acabó; otra como esa y vendrá á parar debajo nosotros.

Resuena una segunda descarga, y las gaviotas de la *Regente* vuelan en los aires.

— Al abordage ahora! gritó Pors Moguer.

Esta vez en vano quiere evitar el inglés que se acerque el enemigo; se arrojan los rezones; se lian los obenques uno á otro, y ambas tripulaciones se lanzan al combate con el hacha en la mano y la amenaza en la boca.

Pero de repente se oye un grito á bordo de la *Cordeliere*:

— Fuego! Fuego!

Todos se detienen petrificados de espanto. Un gemido sordo resuena en los flancos del buque; la cubierta se abre y sale una columna de llamas de la sentina.

Al instante las armas se caen de las manos; todo el mundo corre á las bombas; se inundan las baterías, se mojan las velas en la mar para sofocar la hoguera, pero esta va ganando terreno, lo devora todo y se aumenta sin cesar.

Pors Moguer se detiene, comprendiendo que no puede haber esperanza ninguna de salvar el navío:

— Las chalupas, esclama.

Y ayudando él mismo á echarlas al agua, manda bajar á ellas primero á los heridos, luego á los niños, y por último á los marineros; la última va á partir, y no se ve á nadie sobre cubierta sino al joven capitán acompañado de Santiago.

— No les hagás esperar, dice Pors Moguer al viejo contramaestre, señalándole la barca.

— Está bien, responde Santiago.

Y de un hachazo corta la cuerda de la chalupa que se aleja á fuerza de remos.

— ¿Qué has hecho, desgraciado? esclama el capitán.



— Os responderé en el infierno, repone Santiago; ahora se trata de que los ingleses no se escapen.

— ¿Con que me has comprendido?

— Creo que sí.

Santiago corre á las gaviás y Pors Moguer al timon. La *Regente* habia logrado huir de la *Cordeliere*, pero sin timon y completamente desamparada flotaba á poca distancia de allí. Pors Moguer se acerca; Santiago arroja un razon, y despues otro; en vano la *Regente* quiere soltarse, porque no pudiendo maniobrar, la *Cordeliere* hábilmente manada, se mantiene á su lado.

El contraestre se adelanta para liar de nuevo los obenques, cuando en medio del humo tropieza con un bulto y se encuentra cara á cara con su sobrino.

— ¡Tú aquí! ¡tunante! esclama buscando instintivamente su látigo, que habia perdido en el combate: ¿no te dije que te fueras?

— He preferido quedarme, respondió Perico tranquilamente.

— ¿Pero no ves que vamos á volar por los aires?

— ¿Y qué le hace?

— ¿Porqué no te has marchado con los otros?

— Mi madre me confió á vos, respondió el jóven ligeramente conmovido... sois el último de mi familia, y he creído que para quedarme solo, lo mismo me da nadar en la taza grande. Si esto os incomoda, podeis darme de patadas ó de bofetones, que dentro de poco maldito lo que me importarán las heridas...



Incendio de la *Cordeliere* y de la *Regente*.

Santiago miró un momento á su sobrino sin responderle, y despues estendiendo su ancha mano sobre la cabeza del jóven exclamó:

— ¡Dios salve tu alma! Eres un verdadero Kosquer.

Entretanto los bergantines ingleses atacados alternativamente por *Prejent* huían sin poder socorrer á la *Regente*; Pors Moguer, que continuaba dirigiendo, tenia al buque enemigo viento en popa, navegando á su lado y comunicándole el incendio. Una nube de humo resplandeciente de chispas envolvía ya los dos navíos, en cuyos pisos flotaban los dos pabellones enemigos... La muchedumbre que habia acudido á la ribera para ver el combate, contemplaba con estupor aquel espantoso y sublime espectáculo.

De repente se levanta una brisa de alta mar; las velas medio consumidas de la *Cordeliere* y de la *Regente* se hin-

charon una vez mas antes de caer reducidas á cenizas; los dos buques saltaron sobre las olas como dos alazanes que reciben en la agonía el último espolazo y doblaron juntos el cabo de San Mateo.

En aquel momento el señor de Kermorvan se volvía á la abadía, y vió los dos buques incendiados que huían como dos meteoros sangrientos. En el timon del uno de ellos iba Pors Moguer que agitó la mano en señal de despedida, y el conde creyó oír las últimas palabras que habia pronunciado la víspera el jóven capitán.

Se lanzó fuera de sí hácia el pretíl, pero acababa de brillar un relámpago: una explosion terrible hizo temblar el promontorio, y en vano buscó con los ojos los dos navíos...

Ya no se veía en aquella mar inmensa y abandonada mas que los últimos bergantines que huían en lontananza.



## HISTORIA

DEL

## ULTIMO CABALLO DEL EMPERADOR NAPOLEON.

(Vease la pág. 291.)

## II.

Napoleon acababa de trabajar con el ministro de la guerra; llamó al duque de Vicence, que estaba hacia rato en la pieza inmediata esperando que el emperador saliera de su gabinete.

— Vamos á dar un paseo, dijo al caballerizo mayor; necesito tomar el aire.

El emperador y Caulincourt bajaron del palacio por una escalera pequeña, para evitar toda clase de movimiento que hubiera podido hacer conocer su salida. Napoleon habia vestido de paisano y con mucha sencillez. Los centinelas se contentaron con presentar las armas, como si hubiesen estado en el secreto de las intenciones del emperador.

Después de pasar la verja de la plaza de las Tullerías, Napoleon se preparaba á atravesar la del Carroussel.

— ¿Hacia que lado quiere V. M. dirigir sus pasos? preguntó el caballerizo mayor.

— A vuestra casa, querido duque.

— ¿A mi casa? ¡Señor!

— Sí, á vuestra casa.

Napoleon se sonreía.

— Pero señor, mi casa no se halla en estado de recibir á V. M.; aun no he tenido tiempo para instalarme, y como está algo lejos de aquí...

— Qué queréis decir, querido duque? ¿Olvidáis que hablo al caballerizo mayor?

— Ah! ahora comprendo... Vuestra majestad quiere dar una vuelta por el palacio de Elbeuf, por vuestras caballerizas...

— Sí, quiero ver en qué situación se encuentran; sin duda se han ejecutado mis órdenes, y se han comprado los caballos que necesito.

— Sí, señor, y anteayer llegó de Normandía una docena de animales, que pueden bastar por el momento.

— Tanto mejor; llegaré á tiempo para verlos.

Hablando así, el emperador y el caballerizo mayor habian llegado al palacio de Elbeuf, y entraron por la puerta, que se abría sobre la calle de Santo Tomas del Louvre.

Llegados al patio, no vieron mas que á dos muchachos, que vestían el uniforme del Liceo imperial, y jugaban á la pelota; eran hijos de dos empleados superiores de la administración de las caballerizas, MM. Gy, y Guenebault. No interrumpieron su partido al ver los dos personajes que se acercaban, pues estaban muy animados. Pero habiendo ido la pelota á parar á los pies del emperador, Enrique Guenebault corrió para recogerla, y se encontró enfrente de Napoleon. En seguida le reconoció, y quedó inmóvil de sorpresa.

— El emperador! dijo en voz baja.

Napoleon se habia apresurado á recoger la pelota, y entregándola al colegial:

— Sí, es el emperador, le dijo riendo; ve, amigo mio, y continua tu juego; pero, dime, ¿eres de la casa?

— Sí señor, mi padre está empleado en las oficinas del señor duque de Vicence, y como hoy es día de salida de mi liceo, la he aprovechado para venir á ver á mi familia.

— Está aquí tu padre?

— Sí, señor, y si vuestra majestad quiere hablarle, le voy á avisar.

— Bueno, vé, y luego seguirás jugando.

Enrique Guenebault corrió á avisar á su padre, que se presentó en seguida acompañado por M. Gy, por el veterinario en jefe, y por algunos otros empleados, que formaban el estado mayor administrativo de las caballerizas imperiales.

— Señores, dijo el emperador, aunque no os he avisado mi visita, no dudo de vuestros celo y de vuestra exactitud en el cumplimiento de vuestro deberes. Lo que ha pasado en estos nueve meses ha debido desorganizar el servicio; muchos de vuestros mejores caballos han sido perdidos ó llevados; habia aquí un tal marqués de Vernon, emigrado vuelto de la emigración, que no entendía nada del servicio de que estaba encargado. Dicen que es un hombre honrado; no lo dudo pero es un pobre administrador.

Mientras el emperador hablaba así, sus miradas se habian fijado en M. Guenebault:

— ¿Quién sois? le preguntó; me parece que os he visto á menudo en el ejército.

— Señor, he estado constantemente empleado desde hace diez años en el cuartel general de vuestra Magestad...

— Ah, sí, estabais con nosotros en Moscow.

— Y en Friedland, señor.

— Está bien; espero volveros á ver en otros sitios. Han traído aquí caballos para mí?...

— Sí señor.

— Quiero verlos. Desde que he vuelto á Paris, no he estado contento con los caballos que he montado; hace algunos días, en Montrouge, á donde habia ido para ver los trabajos de las fortificaciones, el caballo que llevaba me hizo una mala pasada: quiero caballos pacíficos, muy pacíficos, y que no se enfurezcan con el ruido. A vos toca hacer que no se repita el accidente de Montrouge.

El emperador se adelantó hacia las cuadras, cuyas puertas se abrieron en seguida. Las visitó sucesivamente, y pareció quedar contento.

— Pero, preguntó, en dónde están los caballos recién llegados?

— Los teneis delante, señor, contestó M. Guenebault y si lo deseais, vamos á hacerlos salir.

— Con mucho gusto.

Napoleon salió de la cuadra, y se colocó á cierta distancia con M. de Caulincourt para ver desfilar los caballos normandos. Cada uno de ellos iba conducido por un palafrenero. Luego que desfilaron, el emperador los examinó de cerca, y manifestó su satisfacción. Después, volviendo á M. de Caulincourt, dijo:

— Ahora que tenemos caballos á la mano, siento deseo de ir á pasearme hacia la barrera del Trono. Veré en qué estado se hallan las obras que deben proteger las entradas del arrabal de San Antonio. ¡Vamos, á caballo duque!

El caballerizo mayor llamó á M. Guenebault, y le mandó que hiciera ensillar dos caballos. En seguida, los mozos de cuadra escogieron dos de los doce, y se preparaban á sacarlos para ensillarlos; pero el emperador hizo oír su voz.

— Esperad un momento! exclamó; un momento! tengo derecho para escoger mi caballo.

Y designaba con la mano uno, el que se hallaba detras de todos:

— Que me ensillen ese; debe convenirme, pues me parece muy pacífico.

Todos los empleados se miraron con sorpresa y miedo; el caballo que el emperador queria montar era Acacia, tenido por indigno de conducir á Napoleon, aquel Acacia, que por



compasion estaba destinado por el veterinario al cabriolé, y tal vez á la carreta.

Hubo un momento de incertidumbre, que fué notado por el emperador :

— Cómo ! Qué hay ? dijo dirigiéndose al caballerizo mayor ; no me han oído ? Porqué no ensillan el caballo que he pedido ?

M. de Caulincourt dió algunos pasos hácia el veterinario.

— Ya habeis oído lo que S. M. quiere... acaso ese caballo que quiere montar, está enfermo ?

— Señor duque, no puedo responderos de él, y temo una desgracia ; porque ese caballo ha sido mal educado ; necesita algunas lecciones.

El emperador, acercándose con todas las señales de la impaciencia, y del mal humor, cortó aquella conversacion.

— Quiero ese caballo, exclamó, me gusta ; porqué no se me obedece ?

M. de Caulincourt creyó entonces que debia hacer saber al emperador el motivo, que se habia opuesto á la ejecucion de sus órdenes.

— Bueno, si en efecto ese caballo tiene defectos, no me serviré de él ; pero puedo ensayarlo ; todo se remediará con montar otro ; pero, mucho me engaño, si ese animal se porta mal... Ah ! recuerdo que en Egipto, me presentaron tambien un caballo magnífico, que habia desesperado á una docena de jinetes muy hábiles... y resultó que yo fui, si no mas hábil, á lo ménos mas feliz que aquellos señores ; sin embargo, no tengo pretensiones de ser gran jinete. Ensilad ese caballo.

No habia medio de replicar : era preciso obedecer, y Acacia, ensillado al fin, fué conducido ante el emperador, que ántes de montarlo, le acarició ligeramente con la mano. Depues puso el pié en el estribo ; momento lleno de ansiedad para los que se hallaban presentes.

Luego que Napoleon montó, el caballo hizo un movimiento, que parecia anunciar por su parte el preludio de una tentativa de indocilidad ; al instante se acercaron á derecha é izquierda los picadores, como para prevenir una caída, y dominar la fogosa rebelion de Acacia. Pero Acacia se habia calmado ya, y obedecia á su nuevo jinete con una docilidad ejemplar ; Napoleon le hizo marchar, trotar y galopar, sin que el caballo volviese á moverse con impaciencia.

Los concurrentes seguian con asombro los movimientos del animal, y cuando el emperador se volvió á acercar á M. de Caulincourt, que ya estaba á caballo :

— Tenia razon, duque, para insistir por este caballo ? No parece sino que somos antiguos conocidos ! Quién hace caso de veterinarios y picadores !

Despues, volviéndose á uno de estos, preguntó :

— Cómo se llama este caballo ?

— Señor, hasta ahora se ha llamado Acacia ..

— Acacia ! oh ! es un nombre raro ! Bueno ! Me gusta Acacia ! Irá al ejército y le acostumbraré al ruido de la fusileria y del cañon ; me encargo de su educacion militar.

Apénas habia dicho estas palabras, llegó un empleado á avisar á M. de Caulincourt que la escolta de cazadores á caballo pedida por el caballerizo mayor, acababa de llegar : lo avisó al emperador, que saludó á los presentes, y salió por la puerta de la calle de Santo Tomás del Louvre, con direccion á la barrera del Trono.

En cuanto el emperador se alejó, se volvieron á meter los caballos en la cuadra, y los empleados empezaron á

conversar sobre los diversos incidentes de aquella visita. Solo uno guardaba silencio.

— Y vos, le preguntó M. Guenebault, qué pensais ? Confesad que el emperador es fiel á su sistema... desconcierta todos los cálculos, confunde todas las previsiones.

El veterinario así interpelado movió la cabeza.

Esa terquedad de S. M., contestó, podria costarle muy caro, pues conozco én general los caballos y temo los caprichos...

— Es verdad ; pero sabeis tambien que hay caballos que tienen un instinto, que podria llamarse inteligencia, y Acacia ha comprendido tal vez que su nuevo jinete no era un jinete cualquiera... que tenia encima un emperador.

— Me alegraré de que así sea ; pero si Acacia llegare á olvidar ?

— Oh ! no olvidará.

El veterinario volvió á mover la cabeza, y una sonrisa irónica fué la última respuesta de su incredulidad.

### III.

Entretanto, el emperador, á despecho de los siniestros presentimientos del veterinario, se dirigia hácia el arrabal de San Antonio, en medio de las aclamaciones de los trabajadores, que le saludaban al pasar. Acacia, á quien la novedad de aquel brillante concierto hubiera debido asustar, no manifestó ninguna turbacion ; pasó impasible y altanero á través de todos aquellos homenajes y todas aquellas demostraciones, como si hubiera estado familiarizado con aquel espectáculo y aquellas ovaciones populares.

Napoleon estaba muy satisfecho de la victoria que acababa de conseguir contra las prevenciones y los escrúpulos de los empleados de sus caballerizas :

— Ya veis, decia á su caballerizo mayor, como camina este animal, sin tener necesidad de advertencias, ni de correcciones. Acacia es un excelente animal, uno de los mejores caballos, que he montado jamás.

Pero M. de Caulincourt, aunque parecia participar de la opinion del emperador respecto de su nuevo corcel, no estaba en el fondo muy tranquilo ; observaba con una curiosidad no exenta de inquietud la marcha de Acacia ; le seguia de cerca, á fin de poder prevenir las resultas de cualquier movimiento peligroso, y ayudar al emperador en el caso en que perdiera los estribos. Pero estas precauciones eran inútiles, porque si M. de Caulincourt, al tomarlas, cumplia con su deber, Acacia hacia el suyo manifestándose constantemente dócil, y aun llevando la docilidad hasta el extremo.

Habian pasado la barrera del Trono, se acercaba el momento de las pruebas mas difíciles para Acacia, pronto iba á encontrarse en un terreno en que debian serle necesarios el aplomo, la seguridad, y la calma para conservar el agrado de su augusto señor. A algunos pasos de la barrera reinaba cierta agitacion tumultuosa, producida por una aglomeracion de trabajadores que se animaban á su rudo trabajo con cantos nacionales. A aquellos gritos discordes se unia el aparato militar de un campamento, el brillo de las armas reluciendo al sol, el redoblar de los tambores mezclado con el estruendo de las trompetas, y á lo lejos el cañon de los artilleros de Vincennes, que hacian ejercicio en el polígono.

A medida que Acacia se alejaba de la barrera, aumentaba el ruido ; empezó á mover sus orejas con estraordinaria mo-



vilidad, efecto de la sorpresa mas que del ruido. Pero no se detuvo ni se impacientó una sola vez. Napoleon, lleno de confianza en su caballo, se dejaba conducir por él; habia olvidado que lo montaba por primera vez. De cuando en cuando se detenía el emperador para contestar á saludos, ó á vivas, ó para recibir memoriales que entregaba enseguida á M. de Caulincourt.

Pero de repente redoblan á un mismo tiempo ocho ó diez tambores que colocados á la izquierda en filas atruenan el campo, mientras un batallon de guardia nacional presenta las armas al emperador; despues salen de las filas gritos, á que se unen las aclamaciones de quinientos ó seiscientos trabajadores reunidos en aquel punto. Napoleon habia llegado al sitio en que las azadas removian la tierra bajo la direccion de varios oficiales de ingenieros.

Ante aquella formidable algarabía, Acacia permanecía inmóvil; oyó con la sangre fria de un caballo de coracero, envejecido sobre los campos de batalla, experimentado por el fuego de los batallones enemigos, aquella explosion de gritos atronadores, mientras que el caballo del caballerizo mayor retrocedió, y estuvo á punto de encabritarse y otros caballos de la escolta no se condujeron mejor.

Pero Acacia debia dar aun una nueva prueba de su mérito, y justificar por un nuevo rasgo de heroismo la confianza del emperador; debia salir triunfante de la última prueba que le esperaba.

Napoleon habia pasado mas allá de la linea de las obras, que se estaban ejecutando: habia espoleado á su caballo, pero de pronto se presentó estorbando el paso un monton de maderos, de vigas y de tierra. El emperador iba á rodear, cuando Acacia, saltando por encima del obstáculo, trasladó al otro lado á Napoleon asombrado de tanta ligereza y audacia, pero que habia estado á pique de ser derribado por aquel inesperado movimiento. El caballerizo mayor, y los cazadores de la escolta, quisieron seguir al emperador por el mismo camino, pero sus caballos vacilan, despues retroceden ante el obstáculo, á pesar de todos los esfuerzos de los jinetes, que al fin tienen que decidirse á tomar otro camino, para reunirse á Napoleon. Este, cuando M. de Caulincourt se le reunió otra vez, le dijo riendo:

— Ah! habeis llegado ya, duque?

— Señor, permitid que felicite á vuestra magestad...

— Oh! sí, acabo de dar un salto peligroso; pero todo el honor pertenece á mi caballo, y hay que ser justos.

El emperador continuó su visita, manifestando á su paso la satisfacción que le causaba el espectáculo de aquel admirable concurso de la poblacion, de aquella patriótica actividad, cuyos buenos resultados veía. El general Haxo, encargado de la direccion general de las obras, se acercó á Napoleon, y recibió felicitaciones y elogios, que debieron alhagar tanto mas al hábil ingeniero, por saber que el emperador no los solia prodigar.

Ya era hora de volver á Paris y á las Tullerías; las horas se habian pasado rápidas para Napoleon, que pareció alejarse con sentimiento; siguió la línea de los paseos exteriores, recogió nuevas muestras de simpatías populares, y antes de volver á entrar en la capital, se detuvo un momento en la barrera de Clichy, examinó con atencion aquel teatro del último combate de 1814, en el que un puñado de guardias nacionales arrostró el cañon enemigo, y protestó heroicamente contra una capitulacion deshonorosa.

El emperador habia pasado ya la barrera, y se abandonaba á su caballo, que bajaba por la calle de Clichy galopando, cuando de repente Acacia empezó á relinchar, y des-

pues contuvo su paso, volviendo la cabeza á la izquierda; enseguida hasta se paró. Un hombre, que llevaba un traje de cuadra, estaba al lado del caballo, y alargaba la mano para acariciarlo.

— Qué queréis? dijo el emperador arrancado de sus cavilaciones por el movimiento de aquel hombre, y por la detencion del caballo.

El hombre no se desconcertó, y mirando á Napoleon con seguridad, le contestó:

— Perdonad, mi emperador; pero Acacia se ha detenido por sí solo, os lo juro: y yo he aprovechado la ocasion para despedirme de él.

— Este caballo os conoce?

— Vaya, señor! Soy yo quien le he traído á Paris; es mi discípulo.

— Pues te lo agradezco; porque estoy muy contento de Acacia.

— Ya sabia yo que era útil para vuestro servicio, y que en vuestras caballerizas no sería despreciado; no es verdad, mi emperador, que el señor veterinario es un imbécil?

El caballerizo mayor se habia acercado al emperador, que volviéndose hacia él, le dijo:

— Os recomiendo este jóven; quiero que le busqueis colocacion, y ya que quiere tanto á Acacia, los dos amigos no se separarán.

Y dirigiéndose al normando, añadió:

— Quieres entrar á mi servicio?

— Inmediatamente, mi emperador.

— Pues vuelve al palacio de Elbeuf, en donde se cuidará de tí.

— Gracias, mi emperador, y yo cuidaré de Acacia...

— Eso por supuesto.

El emperador prosiguió su camino, dejando al normando aturdido, y gozoso á un tiempo de su encuentro, y de su buena suerte. Su vuelta á las caballerizas imperiales, á donde llegó una hora antes que Acacia, causó una viva sorpresa: pero cuando dió esplicaciones, todos le felicitaron. El mismo veterinario no se atrevió á censurarle por haberse quedado en Paris en vez de volver á Normandia, y se encargó de excusarle con su amo, que debia hallarse inquieto por su prolongada ausencia, y de escribir á este que su palafrero estaba agregado al servicio del emperador.

Al dia siguiente, Pedro Callot recibió su nombramiento en debida forma, de picador supernumerario, con el sueldo de mil francos al año, y entró inmediatamente á ejercer sus funciones cerca de Acacia.

(Se continuará.)

#### BOUCHER.

Ya hemos hablado dos veces de Boucher en nuestra publicacion, la primera con motivo de las *Ninfas adormecidas*, y la segunda cuando se trató de madama de Pompadour: hoy damos *Las Delicias de la vida campestre*, cuya composicion prueba que Boucher, no porque cambiase el título cambiaba tambien el fondo de sus obras, y que, directa ó indirectamente es siempre el pintor del amor.

« Todos vuestros cuentos en verso y en prosa, dice el autor de *Jacques le fataliste*, son cuentos de amor; casi todos vuestros poemas, elegias, églogas, idilios, canciones, epistolas, comedias, tragedias y óperas son cuentos de amor. Casi todas vuestras pinturas y esculturas no son mas que cuentos de amor. Os habeis consagrado á los cuentos de amor desde que nacisteis sin cansaros jamas. Hombres y mu-



jeres, grandes y chicos, os hallais sometidos á ese regimen y lo estaréis largo tiempo aun. »

Que haya traducido su pensamiento con la pluma ó con el pincel, nadie como Boucher ha justificado mejor la verdad de esas palabras de Diderot. De su paleta ha salido una innumerable cantidad de amores, toda la poblacion alada de las

fabulosas islas de Afrodita : ménos numerosos eran los que Catulio llamó para llorar el pájaro de Lesbía, y aquellos que figuran en los lienzos de Albano. Lo mas notable es que cuando trata un asunto de la naturaleza como el de *Las Delicias de la vida campestre*, donde es imposible poner amores entre esos pastores y pastoras vestidos de raso y de seda,



BOUCHER. — Las delicias de la vida campestre.

donde la apariencia de realidad que deja á sus personajes le impide mezclar en ellos seres mitológicos; sin embargo, encuentra un medio de dar satisfaccion á su idea fija. Examinando el grabado que acompaña á este artículo, considerando todos los detalles y accesorios que el pintor ha sembrado en torno de su galante grupo, se ve que no se contentó, como lo indica el asunto, con llenar el lienzo de carneros, algunos de ellos atados con cintas de color de rosa, acompañados de cabras bien peinadas, cayados de ópera cómica,

sombreros de paja de Italia, canastillos de flores, y árboles que parecen haber salido de manos del peluquero, sino que piensa tambien en una fuente monumental, y sobre esta fuente, en un bajo-relieve... Por supuesto este bajo-relieve no puede ser otro que el de un grupo de amores ó de niños desnudos haciendo lo que les parezca... esto le importa poco al pintor : lo importante es que nunca falten los amores.

J. J. ARNOUX.